

— No lo creo así por lo menos, dijo Salvador; vos camináis según todas las probabilidades á la calle de Notre-Dame-des-Petits-Champs, y yo voy indudablemente á la calle de Fers.

— ¿Cómo vais á?...

— Á mi puesto, dijo riendo Salvador; hace ya tiempo que las señoras del mercado no me han visto y deben sentir por mí algún interés; y luego os confesaré otra cosa, que tengo necesidad de hacer una ó dos comisiones para completar vuestros quinientos mil francos.

Y Salvador saludó con la sonrisa en los labios á Petrus, que volvió á tomar por el camino que conduce á la calle de Notre-Dame-des-Petits-Champs, pensando en todo lo que acababa de pasar.

Como nosotros nada tenemos que hacer en su estudio, seguiremos á Salvador, no por el lado de la calle de Fers, donde no tenía la menor tentación de ir aunque le dijera á Petrus lo contrario, sino hacia la calle de Varennes, donde estaba el estudio del digno notario que ya hemos tenido el honor de presentar á nuestros lectores bajo el nombre de Pedro Nicolás Baratteau,

## CAPÍTULO IV.

### EL ESTELO-NOTARIO.

Sucede con los notarios como con los pollos; con la diferencia de que los unos se comen, y los otros le comen á uno. Hay, por consiguiente, buenos y malos notarios, como hay buenos y malos pollos.

Mr. Baratteau pertenecía á esta segunda especie; era un mal notario en toda la extensión de la palabra, y tanto más malo, cuanto que gozaba en todo el barrio de San Germán una reputación de integridad igual por lo menos á la que en Vanves disfrutaba Mr. Gerard.

Tratábase á la sazón de recompensar su proverbial probidad, convirtiéndole en alcalde, en diputado, en consejero de Estado, ó en una cosa parecida.

Mr. Loredán de Valgeneuse protegía mucho á Mr. Baratteau. Había empleado toda su influencia con el ministro del Interior para hacer que le nombraran caballero de la Legión de honor; ya se sabe que la influencia de Mr. Loredán de Valgeneuse era considerable; por lo mismo había obtenido la cruz solicitada; el honrado notario acababa, por consiguiente, de ser condecorado, con gran escándalo de algunos dependientes, que sabiendo vagamente que el notario había hipotecado unos bienes inmuebles de que no era absoluto dueño, le acusaban de haberse hecho culpable de crimen de *estelionato*, y le llamaban irónicamente entre ellos el Estelo-notario.

La acusación no era completamente justa; el estelionato consiste, hablando en términos técnicos, en vender dos veces á dos distintos compradores una cosa que nos pertenece. Mr. Baratteau, por más que de él dijera la crónica escandalosa, no se había hecho culpable de ese delito; había hipotecado una casa que no le pertenecía, y debemos añadir que cuando cometió ese peccadillo aun no era verdadero notario; que sólo lo había cometido para comprar su estudio; y que una vez poseedor de aquél había reembolsado á su acreedor, haciendo desaparecer con buena y legítima compensación su primitivo delito. La calificación de este notario, que sus pasantes le daban, era por lo

mismo doblemente defectuosa. Pero algo se debe perdonar á discípulos jóvenes, aturcidos por la contemplación de una cinta encarnada, como el toro lo está por el color escarlata de la capa del torero.

En casa de este dudoso personaje, y según lo que acabamos de advertir, el epíteto no parecerá exagerado; en casa de este personaje, repetimos, era donde iba Salvador.

Llegó en el momento en que maestro Baratteau acompañaba hasta la escalera á un anciano, caballero de San Luis, ante el cual se inclinaba de la manera más humilde. Al encontrár á Salvador en el sitio donde con tanta humildad acababa de saludar á su noble cliente, maestro Baratteau echó sobre el mandadero una mirada desdeñosa que equivalía á esta pregunta:

— ¿Quién es ese mendigo?

Después, y como Salvador aparentase no comprender la desdeñosa y muda interrogación, Mr. Baratteau la reprodujo en alta voz dirigiéndose á uno de sus pasantes, haciendo una pequeña variante, y pasando sin saludarle delante de Salvador:

— ¿Qué quiere este hombre?

— Deseo hablaros, caballero, respondió el mandadero.

— ¿Estáis encargado de entregarme alguna carta?

— No, caballero, quiero hablaros en mi nombre.

— ¿En vuestro nombre?

— Sí.

— ¿Tenéis algo que despáchar en mi estudio?

— Tengo que hablar con vos.

— Decid á mi primer pasante lo que tenéis que decir, amigo mío; lo mismo da.

— No puedo decirlo sino á vos.

— Entonces volved otro día, hoy no tengo tiempo.

— Dispensadme; pero hoy es y no otro día cuando tengo que hablaros de este negocio.

— ¿Á mi mismo?

— Á vos mismo.

El acento de firmeza y gravedad que Salvador había impreso á las pocas palabras referidas no había dejado de impresionar á Mr. Baratteau.

Se volvió, pues, bastante asombrado y como tomando una decisión, pero sin hacer que Salvador pasase á su gabinete.

— Y bien, veamos, ¿qué queréis? dijo; referidme en dos palabras vuestro asunto.

— Imposible, dijo Salvador, mi negocio no es de los que se dicen en dos palabras y entre dos puertas.

— ¿Seréis al menos lo más breve posible?

— Necesito por lo menos un cuarto de hora de conversación con vos, y no sé si aun al fin de ese cuarto de hora os decidiréis á hacer lo que deseo.

— Pues entonces, amigo mío, si lo que deseáis es tan difícil.

— Es difícil, pero factible.

— Pero, es que estáis muy apremiante; debéis saber que un hombre como yo no tiene tiempo que perder.

— Es verdad, pero os prometo anticipadamente que no sentiréis el tiempo perdido en hablar conmigo; vengo de parte de Mr. de Valgeneuse.

— ¿Vos? preguntó el notario asombrado mirando á Salvador de una manera que quería decir: ¿qué relación puede existir entre este mandadero y Mr. de Valgeneuse?

— Yo, respondió Salvador.

— Entrad pues en mi gabinete, dijo Mr. Baratteau ven-

cido por la persistencia de Salvador, aunque no comprendo qué enlace puede haber entre vos y Mr. de Valgenouse.

— Vais á comprenderlo, dijo Salvador, siguiendo al notario hasta su gabinete y cerrando tras de sí la puerta que separaba el gabinete del estudio.

Al ruido que hizo Salvador, el notario volvió la cabeza.

— ¿Por qué cerráis esa puerta, preguntó?

— Para que vuestros pasantes no escuchen lo que tengo que deciros, respondió Salvador.

— ¿Es pues muy misterioso?

— Ya juzgaréis vos mismo.

— Hum, dijo Mr. Baratteau, mirando al mandadero con cierta inquietud y yendo á sentarse cerca de su bufete, como un artillero se coloca tras de la trinchera.

Luego y después de un instante de investigación que no dió resultado...

— Hablad, dijo el notario.

Salvador miró á su alrededor, vió una silla, la arrastró hasta cerca del bufete, y se sentó.

— Os sentáis, exclamó el notario pasmado.

— ¿No os previne ya que esto duraría un cuarto de hora?

— Pero yo no os he invitado á sentaros.

— Ya lo sé; sólo que presumí que era un olvido.

— ¿Por qué presumisteis eso?

— Porque en esta butaca estuvo sentado el que ha venido antes que yo.

— Pero es que el que ha venido antes era el señor conde de Noireterre, caballero de San Luis.

— Posible es, mas como el Código dice: Todos los franceses son iguales ante la ley; como yo soy francés lo mismo que el señor conde de Noireterre, y acaso mejor

francés que él; sólo que tengo treinta y cuatro años y él tiene setenta, me siento en una silla en vez de sentarme como él en una butaca.

El rostro del notario expresaba un asombro progresivo.

Por fin exclamó como si hablara consigo mismo: — Vamos, esta es alguna apuesta; y luego añadió:

— Hablad, joven.

— Precisamente una apuesta, dijo Salvador: he apostado con uno de mis amigos á que tendríais la complacencia de prestarme por veinticuatro horas una cantidad que necesito.

— ¡Ah! ya estamos en la cuestión, exclamó Baratteau, con ese insolente placer que se apodera de los hombres de negocios cuando se les comunican escritos y proposiciones que les parecen insólitas.

— Sí, ya estamos, dijo Salvador; vuestra es la culpa de que no hayamos llegado antes, convenid en ello; yo no quería más que hablar.

— Lo entiendo así.

— Así pues, hice la apuesta....

— Y habéis hecho mal.

— De qué me prestaríais la cantidad que mi amigo necesita.

— Amigo mio, no tengo dinero disponible en este momento.

— ¡Oh! ya sabéis; los notarios cuando no lo tienen se lo procuran.

— Y cuando tengo no presto más que sobre bienes inmuebles por primera hipoteca. ¿Tenéis bienes inmuebles sin gravamen?

— Yo, por lo menos en este momento, no tengo una pulgada de terreno.

—Pues entonces, ¿qué diablos venís á hacer aquí?

—Vengo á deciroslo.

—Amigo mio, dijo Mr. Baratteau llamando en su auxilio toda la majestad de que podia revestirse, acabemos con esta broma; mis clientes son personas prudentes y sensatas que no prestan su dinero al primero que se presenta.

—Por lo mismo no venia yo á pedir el dinero de uno de vuestros clientes, dijo Salvador sin parecer intimidado en lo más minimo por la dignidad que delante de él se desplegaba.

—¿Era quizás el mio? preguntó el notario.

—Indudablemente.

—Pero, joven, ¿estáis completamente loco!

—¿Por qué?

—Está prohibido á los notarios especular con su fortuna particular.

—¿Bueno! dijo Salvador, y tantas otras cosas prohibidas que hacen los notarios ¿cómo se arreglan?

—¿Qué es eso!... bribón, dijo Mr. Baratteau dirigiéndose al cordón de la campanilla.

—Por de pronto, exclamó Salvador, no soy un bribón, y por otra parte, como aun no he concluido lo que tengo que deciros, tened la bondad de volver á vuestro puesto y continuar escuchándome.

Mr. Baratteau miró al mandadero con ojos irritados; pero habia en la actitud de Salvador una mezcla tal de fuerza y de derechos, tal cara, en una palabra, de león tranquilo y confiado, que el notario volvió á sentarse.

Pero al volver á sentarse plegó sus labios con una sonrisa; era evidente que preparaba un golpe que muy difícilmente podria parar su adversario.

—En efecto, continuó, no me habéis explicado para qué veniais de parte de Mr. Loredán de Valgeneuse.

—Vuestra memoria os es infiel, querido y digno Mr. Baratteau, no he dicho que viniera de parte de Mr. Loredán de Valgeneuse.

—¿Cómo que no?

—Os he dicho solamente que venia de parte de Mr. de Valgeneuse.

—Es enteramente lo mismo, según creo.

—Sí; pero es precisamente lo contrario.

—Explicaos, porque comienzo á cansarme.

—He tenido el honor de repetiros, caballero, que si no hemos terminado ya ha sido por culpa vuestra.

Entonces, concluyamos.

—Es lo que deseo; pues bien, á pesar de la memoria excelente de que parecéis dotado, caballero, continuó Salvador, creo que habéis olvidado que existen dos Valgeneuse.

—¿Cómo dos Valgeneuse? repuso el notario estremeciéndose.

—Pues es claro... uno que se llamaba Loredán de Valgeneuse y otro llamado Conrado de Valgeneuse.

—Y vos venís de parte..

—Sí de parte del que se llama Conrado.

—Así, pues, le habéis conocido en otro tiempo.

—Le he conocido siempre.

—Pero quiero decir, antes de su muerte.

—¿Estáis bien seguro de que ha muerto?

Al oír esta pregunta, bien sencilla á pesar de todo, Mr. Baratteau dió un salto sobre su silla.

—¿Cómo si estoy seguro? preguntó el notario.

—Sí; os pregunto si lo estáis, repuso el joven tranquilamente.

— Pues es claro que lo estoy.  
 — Miradme bien.  
 — ¿Que os mire?  
 — Si.  
 — ¿Para qué?  
 — Pardiez, os digo que creo que Mr. de Valgeneuse vive; me respondéis que estáis seguro de que Mr. de Valgeneuse ha muerto; y entonces os digo, miradme bien, porque acaso el examen termine la cuestión.

— ¿Pero cómo podría semejante examen terminar la cuestión?

— Por la razón pura y simple de que yo soy ese Mr. Conrado de Valgeneuse.

— ¡Vos! exclamó Mr. Baratteau, cuyas mejillas se cubrieron de livida palidez.

— Yo, respondió Salvador con la calma más perfecta.

— Es una impostura, baluceó el notario. Mr. Conrado de Valgeneuse ha muerto.

— Mr. Conrado de Valgeneuse está ante vuestros ojos.

Durante esta corta discusión los ojos de Mr. Baratteau se habían fijado en el joven, y sin duda pudieron establecer efectivamente, con ayuda de los recuerdos del notario, una identidad innegable, porque éste exclamó de repente y cuando acababa de negar de un modo tan absoluto:

— ¿Pero... y en fin, aunque fuerais vos?...

— ¡Oh! convenid en que si soy yo, ya hemos adelantado algo.

— ¿Qué ganaríais con ello?

— En primer lugar, ganaría el vivir; después el haberlo probado que no menta al deciros que venía de parte de Mr. de Valgeneuse, puesto que Mr. de Valgeneuse es mi propia persona; y ganaría por fin, ó mejor dicho, gano

ya el ser esenchado por vos con más finura, y con más sostenida atención.

— Pero al fin... Mr. Conrado...

— Conrado de Valgeneuse, dijo insistiendo Salvador. El notario pareció decir: sea, puesto que así lo queréis, y añadió:

— Pero al fin, Mr. Conrado de Valgeneuse, sabéis mejor que nadie lo que sucedió al morirse vuestro padre.

— Mejor que nadie, dijo el joven con un tono que causó un estremecimiento en las venas del notario. Pero éste se resolvió, sin embargo, á emplear toda su audacia, y con sonrisa maligna repuso:

— Pero no mejor que yo.

— No mejor; pero sí tan bien.

Siguió á esto un momento de silencio, durante el cual Salvador fijó en el notario una de aquellas miradas con las cuales la serpiente fascina al pajarillo.

Pero así como el pájaro no cae sin luchar en la boca de la serpiente, así tampoco Mr. Baratteau quiso sucumbir sin intentar una lucha.

— Pero al fin, ¿qué es lo que me queréis? preguntó.

— Primero, decidme si estáis bien convencido de mi identidad.

— Cuanto se puede estarlo de la presencia de un hombre á cuyo entierro se asistió, dijo el notario esperando volver á la duda.

— Es decir, que habéis asistido al entierro de un cuerpo que hice comprar en el anfiteatro de anatomía, y al que hice después pasar por mi cadáver, atendiendo á ciertas razones que no hay necesidad de explicaros.

Aquel fué el último golpe. El notario no intentó ya discutir.

— En efecto, dijo procurando reponerse de su turbación; cuanto más os miro más me acuerdo de vuestra fisonomía: pero confieso que no os hubiera conocido á primera vista, primero porque os creía real y verdaderamente muerto; después porque estáis muy cambiado.

— ¡ Se cambia tanto en seis años! dijo Salvador con cierta melancolla.

— ¡ Cómo! ¡ hace ya seis años! Es asombroso lo pronto que pasa el tiempo, exclamó el notario, introduciendo la conversación en los lugares comunes á falta de mejor salida.

Y mientras hablaba, seguía Mr. Baratteau estudiando el traje del joven; pero después de convencerse bien de que era un traje de mandadero en el que nada faltaba ni aun la medalla, volvió poco á poco la tranquilidad á su alma y creyó adivinar perfectamente todo lo que había en la petición que Salvador intentaba; deducía, en efecto, de su examen que aunque el traje estaba bastante limpio, el que lo llevaba debía estar naturalmente en la mayor miseria, y venía, como ya le había indicado, á pedirle una corta cantidad; en semejante caso Mr. Baratteau era un hombre que se estimaba, y ya se había dicho interinamente que si Salvador se portaba bien, haría por su parte el que nunca se dijera que el notario de la familia de Valgeneuse había dejado á un hijo del marqués de Valgeneuse, siquiera fuese un hijo bastardo, morir de hambre por falta de algunos luises.

Así tranquilizado, y llevado á mejores disposiciones por efecto de su tranquilidad, Mr. Baratteau se sumergió en su butaca, cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, tomó uno de los legajos borrajeados sobre su mesa-despacho y comenzó á recorrerlo, esperando aprovechar el tiempo que

el joven embarazado emplearía en exponerle su petición.

Salvador le dejó hacer sin decir una palabra; mas si el notario hubiera fijado los ojos en él en aquel momento, se hubiera asustado al ver la expresión de desprecio que había en el rostro del joven.

Pero el notario no levantó los ojos; recorría ó hacía como que recorría una hoja de papel sellado, borrajada de arriba abajo, y sólo con los ojos fijos en el papel, le dijo imprimiendo á su acento algo de compasión:

— ¡ Conque os hicisteis mandadero, mi pobre muchacho?

— ¡ Oh! ¡ Dios mio! si, respondió Salvador sonriendo á pesar suyo.

— ¡ Y ganáis para vivir al menos? continuó el notario sin volver la cabeza.

— Psch... respondió Salvador admirando el aplomo del notario, se vive regularmente; no me quejo.

— ¡ Y cuánto pueden producirnos por dia vuestras comisiones?

— Cinco ó seis francos; ya me comprendéis; hay días buenos y malos; pero unos con otros...

— ¡ Oh! ¡ oh! exclamó el notario; pues entonces es un buen oficio; con cinco francos diarios aun se puede, por poco que se economice, poner á un ladito cuatrocientos ó quinientos francos al año.

— ¡ Lo creéis así? preguntó Salvador que continuaba estudiando al notario, como el gato estudia al ratón que tiene entre las uñas.

— ¡ Qué si lo creo! friolera; mirad; yo mismo, que os estoy hablando, siendo primer pasante en este mismo estudio, economiqué en tres años dos mil francos de mi sueldo compuesto de mil quinientos; ese fué el principio de mi

fortuna; yo también fui joven, también hice calaveradas, pero nunca desmembré mi pequeño tesoro; nunca el más corto préstamo; jamás la deuda más pequeña. Sólo con esos principios se obtiene un retiro para los últimos días. ¿Quién sabe? Quizás vos también seáis con el tiempo millonario.

— ¿Quién sabe? dijo también Salvador.

— Si; pero mientras tanto, nos vemos apurados según parece. Hemos hecho alguna locura, y al encontrarnos a palo seco nos acordamos de aquel buen Mr. Baratteau y dijimos: es un infeliz que no nos dejará en este atolladero.

— A fe mía, caballero, dijo Salvador, debo confesaros que leéis en el corazón como en un libro.

— Por desgracia, añadió sentenciosamente el notario, estamos habituados a sondear las miserias humanas; lo que me sucede con vos me sucede diariamente con cincuenta pobres diablos, que comienzan siempre su arenga con las mismas palabras, y a quienes despido desde que empiezan a hablar.

— Si, dijo Salvador, ya he visto al entrar que era esa vuestra costumbre.

— ¿Qué queréis, si hubiera de auxiliar á cuantos piden, quizás no bastara la caja de Rothschild; pero vos, buen muchacho, no podéis estar comprendido en la regla general; sois el hijo natural de mi antiguo cliente el marqués de Valgeneuse; así con sólo que me prometáis ser algo razonable tendré una satisfacción en haceros un servicio. ¿Cuánto os hace falta indispensablemente? continuó el notario acercando á sí el cajón de la mesa en que metía el dinero á medida que él se echaba hacia atrás con la silla.

— Necesito quinientos mil francos, dijo Salvador.

El notario dió un grito de asombro, y poco faltó para que se cayera de espaldas.

— Estáis loco, amigo mío, dijo empujando otra vez el cajón en lo interior de la mesa y guardando la llave en el bolsillo.

— Tan loco estoy como muerto, dijo el joven; necesito quinientos mil francos, y los necesito antes de veinticuatro horas.

Mr. Baratteau volvió hacia Salvador sus ojos asustados; esperaba encontrarle amenazador con un puñal ó con una pistola en la mano.

Salvador estaba muy tranquilamente sentado, y su fisonomía manifestaba la más perfecta benevolencia; la calma más completa.

— ¡ Oh! ¡ oh! exclamó el notario, es indudable que habéis perdido la cabeza, joven.

Pero Salvador continuó como si no hubiera oído.

— Necesito en lo que hay desde aquí á mañana, á las nueve de la mañana (y Salvador pronunciaba cada palabra deletreándola con cierta fruición) la cantidad de quinientos mil francos. ¿ Habéis oído?

El notario meneó desesperadamente la cabeza como si quisiera decir: ¡ Pobre muchacho, está completamente perdido!

— ¿ Habéis comprendido? repitió Salvador.

— Pero veamos, amigo mío, dijo Mr. Baratteau, que no comprendía aún perfectamente los medios de Salvador para llegar á aquel incomprensible objeto, pero que oía instintivamente un gran peligro oculto bajo la calma del joven; veamos cómo puede haberos ocurrido, que ni aun por el recuerdo de vuestro padre, á quien es verdad que profesaba grande amistad y una veneración profunda, un

infeliz notario como yo podría prestaros semejante suma.

— Es verdad; me he servido de una palabra impropia al decir préstamo; he debido decir restitución; pero no hay que fijarse en eso; ratifico mi petición; vengo á reclamationes como restitución quinientos mil francos por de pronto.

— ¡Cómo restitución! repitió con trémula voz Mr. Baratteau que comenzaba á comprender por qué el hijo del marqués de Valgeneuse había cerrado la puerta al entrar.

— Sí, caballero, como restitución, repitió por tercera vez y más severamente Salvador.

— Pero ¿qué es lo que queréis decir? preguntó con voz casi apagada é interrumpiéndose á cada palabra el notario, cuya frente estaba totalmente cubierta de sudor.

— Escuchad con atención, dijo Salvador.

— Escucho, respondió el notario.

— El marqués de Valgeneuse, mi padre, os llamó hace cerca de siete años.

— ¡Siete años! repitió maquinalmente el notario.

— Sí; fué según creo el 11 de Junio de 1821; contad y veréis.

El notario no respondió ni aparentó que hacia cálculo alguno. Esperaba con impaciencia.

— Os llamó, pues, para entregaros un testamento ológrafo, en el cual me adoptaba por su hijo y me reconocía por su único heredero.

— ¡Es falso! gritó el notario, que se iba tornando completamente verde.

— He leído ese testamento, continuó Salvador, sin que pareciese haber oído el mentís de Mr. Baratteau; se hicieron dos copias de él, ambas de letra de mi padre; una de

esas copias os fué entregada, la otra desapareció. Vengo á manifestaros que me comunicuéis ese testamento.

— Es falso; todo es enteramente falso, aulló el notario que se estremecía visiblemente. He oído, en efecto, al caballero vuestro padre hablar de un proyecto de testamento; pero ya sabéis que vuestro padre murió de un modo tan repentino, que es muy posible que el testamento se haya hecho sin que por eso se me haya remitido.

— ¿Lo juraríais? preguntó Salvador.

— Os doy mi palabra de honor, exclamó el notario levantando la mano como si hubiera tenido ante la vista el crucifijo del tribunal; lo juro delante de Dios.

— ¡Pues bien! si lo juráis ante Dios, caballero Baratteau, dijo Salvador, sin parecer conmovido en lo más mínimo, ¡si lo juráis ante Dios, sois el galopin más infame que he visto!

— Señor Conrado, vociferó el notario levantándose como para echarse sobre Salvador.

Pero éste le cogió por el brazo y le hizo volverse á meter en su butaca como hubiera manejado á un niño.

En aquel momento Mr. Baratteau comprendió ya completamente por qué Salvador había cerrado la puerta al entrar.

— Por última vez, dijo con voz grave Salvador, os invito que me comunicuéis el testamento de mi padre.

— Os digo que no existe, gritó el notario retorciéndose y pegando en la mesa con la mano como un niño.

— Sea, Mr. Baratteau, dijo Salvador, admito por un instante, sólo por un instante, que no hayáis tenido conocimiento del documento en cuestión.

El notario respiró.

## CAPÍTULO V.

EN QUE MR. PEDRO NICOLÁS BARATTEAU ESTUDIA EL CÓDIGO CIVIL Y PENAL BAJO LA DIRECCIÓN DE SALVADOR.

El consuelo obtenido en su estado físico y moral por el digno Mr. Baratteau, no duró mucho tiempo, porque casi inmediatamente continuó Salvador.

— Decidme entonces, ¿ á qué pena se condenaría á un funcionario público que hubiera sustraído un testamento ?

— No sé, no me acuerdo, dijo el notario cuyos ojos se cerraron como para huir de las ardientes miradas del joven.

— Pues bien, dijo Salvador extendiendo la mano hacia un libro cuyas hojas estaban divididas en cinco colores distintos ; si no lo sabéis, voy á deciroslo ; si no lo recordáis, voy á refrescaros la memoria.

— ¡ Oh ! exclamó con viveza el notario ; es inútil.

— Ca ; perdonad, respondió Salvador, es por el contrario de la mayor utilidad ; por otra parte, no será largo ; sin ser notario he estudiado este libro, y no necesitaré más que un instante para encontrar lo que busco. Art. 234... art. 234 del Código penal, libro III.

Mr. Baratteau intentó detener á Salvador porque conocía tan bien como él el artículo en cuestión ; pero Salvador apartó la mano del notario que extendía éste para volver á coger el Código, y hallando por fin el artículo que buscaba.

— 234, dijo ; esto es ; escuchad bien.

La recomendación era del todo inútil ; el notario escuchaba perfectamente.

— « En cuanto á las sustracciones, destrucciones, robos de documentos ó procedimientos criminales ó de otros papeles de registro, actas ó efectos contenidos en los archivos ó entregados á depositario público en calidad de tales, las penas se aplicarán al escribano, archivero, notario ó depositario descuidado, y serán de tres meses á un año de prisión ó desde ciento hasta trescientos francos de multa. »

— ¡ Pech !... pareció decir Mr. Baratteau, supongamos que sea el máximo de la pena, es decir, un año de prisión y trescientos francos de multa ; aun así habría hecho yo un negocio bastante bueno.

Salvador leía en la cara de Mr. Baratteau como en un libro perfectamente abierto.

— Esperad, esperad, buen Mr. Baratteau, le dijo : hay además otro artículo que concierne al mismo punto.

Y leyó :

« Cualquiera que se haya hecho culpable de la sustracción, robo ó destrucción mencionados en el artículo precedente, será castigado con reclusión. »

— Bah... pareció decir el notario, llamemos á la pena encarcelamiento ó reclusión, es enteramente gorro blanco ó blanco gorro : suponiendo en todo caso que se haya encontrado el otro testamento, lo cual me parece imposible atendiendo á que Mr. de Valgeneuse me aseguró haberlo arrojado al fuego, hubiera hecho, sin embargo, muy bonito negocio.

Pero, por desgracia del digno notario, Salvador no le dejó mucho tiempo en aquella convicción.

Porque, en efecto, y según vamos á ver, la posición no era completamente como se la imaginaba Mr. Baratteau.

Salvador volvió á coger el hilo del segundo párrafo del artículo 255.

« Si el crimen es obra del mismo depositario, será castigado con cadena temporal. »

La cara del notario se descompuso tan rápidamente, que Salvador tuvo miedo de verle caer tan largo como era, y echó mano á la campanilla para pedir auxilio.

Pero detúvole el notario.

— ¿ Qué vais á hacer ? le preguntó.

— Voy á mandar que busquen un médico ; no me parecéis en buen estado.

— No ; no es nada ; no es nada, dijo el notario ; no hagáis caso ; estoy sujeto á debilidades de estómago ; he tenido tantos negocios hoy que despachar, que ni aun me ha quedado tiempo para desayunarme.

— Pues hicisteis mal, le dijo el joven ; es muy bueno despachar mucho, pero no con detrimento de la salud, y si queréis almorzar esperaré con paciencia á que concluyáis ; después continuaremos nuestra conversación.

— No, no, continuad, replicó el notario ; supongo que tenéis alguna cosa más notable aún que decirme, y van ya, notad que esto es una advertencia, no una reprensión, van ya, repito, diez minutos que hablamos de penas enteramente como si vos fuerais un fiscal y yo un criminal ; abreviemos, pues, si gustáis.

— Oh, querido Mr. Baratteau, exclamó Salvador, no soy yo quien hace rodar la conversación con esta tranquilidad ; vos sois el que hace renacer dificultades de todo género.

— Es que comprenderéis muy bien que habéis soltado hace un instante una palabra muy ofensiva para mí.

— Creo haber dicho que erais...

— Es inútil repetirlo, interrumpió el notario ; consiento en olvidarlo y aun á ofreceros además, en recuerdo de mi amistad con vuestro padre, todos mis mejores y más completos servicios ; pero formulad vuestra petición de un modo más razonable ; pues aunque me descuartizarais no podríais sacarme lo que no tengo ; veamos pues, explicaos categóricamente.

— Eso es lo que voy á hacer, respondió Salvador, y para abreviar pasaré rápidamente del artículo 255 del Código penal á los artículos 1382 y 1385 del Código civil, libro III, título 4, capítulo II. No os impacientéis, ya estamos en él.

« Art. 1382. Cualquiera acto del hombre que cause perjuicio á otro, obliga á la reparación á aquel por cuya culpa tuvo lugar el daño.

» Art. 1385. Cada uno es responsable del perjuicio que ha causado, no sólo si lo motivó con actos, sino también cuando fué por negligencia ó imprudencia. »

Salvador irguió la cabeza, y con lentitud y gravedad dijo conservando la mano sobre los artículos :

— Hé ahí á lo que condena la ley á los que hacen desaparecer documentos ; no hablo ahora de la pérdida de los derechos de ciudadano, de la muerte civil ni de otros detalles de este conjunto ; pero ya que os he recordado la ley, permitidme renovar mi pregunta : ¿ seréis bastante amable para entregarme quinientos mil francos antes de las nueve de la mañana ?

— Oh, exclamó el notario fingiendo que se quería rom-

per la frente contra las tablas de su bufete; pero esto es una cosa que le haría á uno estrellarse contra la pared; es bastante para perder la razón si no la he perdido ya á estas echas, porque lo que me decis me parece tan insensato que necesito creerme presa de una pesadilla horrible.

— Tranquilizaos, honrado Mr. Baratteau; estáis perfectamente despierto, y creo que podréis probaroslo á vos mismo.

El notario ignoraba aún lo que Salvador iba á decirle; pero instintivamente temblaba como si ya lo hubiera sabido.

— Por última vez, dijo el joven, ¿me juráis que ni habéis recibido ni visto el testamento del marqués de Valgeneuse?

— Sí, sí, os juro ante Dios y ante los hombres que jamás he recibido ni visto ese testamento.

— Pues bien, yo á mi vez, dijo friamente Salvador sacando de su bolsillo un papel, os repito, para que no le olvidéis, que sois el gandul más infame que he visto en mi vida; mirad.

Y Salvador conteniendo con la mano izquierda á Mr. Baratteau, que parecia querer por segunda vez echarse sobre él, le enseñó con la derecha el testamento que, según nuestros lectores recordarán, habia enseñado ya á Mr. Loredán de Valgeneuse en la taberna de Chatillon, donde Juan Taureau y su amigo Toussaint Louverture trataron tan duramente al pobre caballero.

Después leyó estas líneas escritas sobre la cubierta:

« Esta es la primera copia de mi testamento ológrafo, cuya segunda copia quedará depositada en manos de Mr. Pedro Nicolás Baratteau, notario en la calle de Va-

renne, en París; cuyas ambas copias están escritas de mi puño y tienen valor como originales.

» Hoy 11 de Julio de 1821.

» MARQUÉS DE VALGENEUSE. »

— Dice *quedará*, exclamó el notario, no dice *queda*.

— Es verdad, dijo Salvador; pero hé aquí, oculto bajo mi dedo pulgar una sola palabra que llena la laguna.

Y descubrió la palabra por lo cual Mr. Baratteau pudo leer, en efecto, cubierta la frente con el sudor de la agonía esta sola palabra, escrita encima de las cortas líneas que hemos citado:

*Recibido,*

P. N. BARATTEAU.

Esta preciosa firma estaba también acompañada de una de esas rúbricas de amorosos lazos que sólo los notarios saben hacer.

Mr. Baratteau quiso saltar y coger el testamento como en semejantes circunstancias habia intentado hacerlo Loredán de Valgeneuse; pero Salvador adivinándole la intención y previniéndole el movimiento, le apretó el brazo con tal fuerza que el notario exclamó con voz ahogada:

— ¡ Ah! Mr. Conrado, que me rompéis el brazo.

— Miserable, dijo Salvador, soltándole con repugnancia, ¡ jura ahora ante Dios y ante los hombres que ni has recibido ni visto el testamento del marqués de Valgeneuse!

Y luego cruzando los brazos y retrocediendo, dijo mirando al notario:

— Me admira, en verdad, de ver hasta qué punto puede llegar el encenagamiento de la conciencia humana; tengo ahí ante mí vista un miserable que debia creer que á con-

secuencia de su crimen un desgraciado joven de veinticinco ó veintiséis años se hubiera levantado la tapa de los sesos; y ese miserable había seguido su plan; vivía sin remordimientos, aceptaba la consideración pública que equivocaba el camino al entrar en su casa; vivía como viven los demás hombres; tenía una esposa, hijos, amigos; reía, comía, dormía sin preguntarse jamás si en vez de un gabinete elegante, si en lugar de un bufete de caoba no era su sitio un presidio y su complemento una cadena. ¡ Ah! es indudable que la sociedad que nos presenta tales monstruosidades está muy mal organizada y necesita reformas crueles.

Después cambiando de tono y frunciendo el entrecejo, añadió:

— Veamos; despachemos pronto: mi padre me dejó por testamento la totalidad de sus bienes, muebles é inmuebles; me debéis, pues, como restitución y reparación, sin perjuicio de las penas señaladas en el Código penal, la totalidad de los bienes de mi padre calculada en su testamento en cuatro millones de francos, más el interés de esos cuatro millones durante siete años ó sea un millón cuatrocientos mil francos, sin contar los intereses de los intereses y los perjuicios á cuya reclamación me dan derecho los artículos 1582 y 1585; me debéis, pues, sin hablar por ahora de tales perjuicios, cinco millones cuatrocientos mil francos. Comprended, pues, que mi petición es más modesta y más razonable de lo que decís, puesto que lo que exige, por ahora, no constituye la décima parte de mi fortuna. Reponeos, pues, y concluyamos cuanto antes este sucio negocio.

El notario parecía no haber comprendido nada; con la mirada fija en el suelo, la cabeza inclinada sobre el pecho,

los brazos muertos, derechos y caídos como brazos de maniquí abandonado, y todo él aterrorizado, aniquilado, parecía el último de los culpables en presencia del arcángel que ha de castigar en el juicio final.

Salvador le tocó en el hombro para sacarle de aquel letargo.

— ¿ Y bien? ¿ En qué pensamos? le dijo.

El notario se estremeció como si hubiera sentido ya la mano del alguacil del tribunal; con ojos descompuestos dejó caer la cabeza sobre el pecho, y volvió á su triste y desesperada actitud.

— Vamos, maese estafador, dijo Salvador á quien inspiraba repugnancia la vista de semejante tipo; hablemos poco, pero hablemos pronto y bien; os he dicho y os repito, que necesito quinientos mil francos para mañana á las nueve de la mañana.

— Pero es imposible, balbuceó muy despacio el notario sin levantar la cabeza por miedo de encontrar la mirada del joven.

— ¿ Es esa vuestra última palabra? preguntó Salvador. Cuando se trata de coger, un hombre como vos no debe verse apurado. Necesito esos quinientos mil francos.

— Os juro... dijo aún el notario.

— Bien, otro juramento ahora, dijo Salvador con cierta sonrisa de supremo desprecio; este será el tercero en media hora, y yo creo en él lo mismo que en los otros dos: por última vez, oidme bien: ¿ queréis ó no queréis darme los quinientos mil francos que os pido?

— Pero entonces concededme siquiera un mes para encontrarlos.

— Ya os he dicho que los necesito mañana por la ma-

fiana; he dicho también que á las nueve; á las nueve y media sería demasiado tarde.

— ¡ Concededme siquiera una semana!

— Ni una hora más, os repito.

— Entonces es imposible, exclamó el notario con desesperada voz.

— Pues en ese caso, ya sé lo que debo hacer, replicó Salvador dirigiéndose hacia la puerta.

Al ver que el joven tomaba aquella dirección, el notario volvió á encontrar sus perdidas fuerzas, y de un salto se colocó entre la puerta y Salvador.

— Por el amor de Dios, Mr. de Valgeneuse, no me deshonréis, dijo con voz humilde.

Pero Salvador, al volver la cabeza, le apartó con el brazo como si le hubiera repugnado mirarle, y continuó hacia adelante.

El notario se volvió á colocar delante de él, y poniendo la mano sobre el picaporte, exclamó:

— Mr. Conrado, en nombre de vuestro padre, que me profesaba amistad, evitad que caiga sobre mi la deshonra.

Y pronunció esas palabras con voz tan débil, que apenas pudo oírlas Salvador.

Salvador permaneció inflexible.

— Veamos, dejadme pasar, le dijo.

— Una palabra no más, dijo el notario; no es sólo la muerte civil, sino hasta la muerte material la que va á entrar por esa puerta si la abris con tales intenciones; os prevengo que no sólo no sobreviviré á mi deshonra, sino que ni siquiera la esperaré; en cuanto hayáis cerrado la puerta, me levanto la tapa de los sesos.

— Vos, dijo Salvador mirándole cara á cara con gesto

de desafío; esa es la única acción buena que podríais llevar á cabo, y por eso no la ejecutaréis.

— Me mataré, dijo el notario, y al morir llevaré conmigo vuestra fortuna, mientras que si me dais tiempo...

— Sois un simple, respondió Salvador. ¿ No está ahí por ventura mi primo Loredán de Valgeneuse que me responde de vos como vos me respondéis de él? Vamos, dejadme pasar, vuelvo á deciros.

El notario se deslizó, cayendo á sus pies; se cogió sollozando á sus rodillas y las cubrió de lágrimas, diciendo:

— ¡ Por piedad, buen Mr. Conrado! ¡ por compasión!

— Atrás, miserable, dijo el joven rechazándole con el pié. Y dió otro paso hacia la puerta.

— Pues bien, haré cuanto queráis, exclamó el notario cogiéndose á la chaqueta de Salvador para impedir que saliera.

Ya era tiempo; Salvador acababa de poner la mano sobre el botón de la puerta.

— Al fin, no os ha costado poco, dijo Salvador volviendo á ocupar su puesto cerca de la chimenea, mientras el notario volvía á ocupar la suya tras el bufete.

Una vez sentado, el notario exhaló un suspiro y pareció dispuesto á volver á sumergirse en su apática melancolía.

No era esto lo que á Salvador convenía.

— Esto es demasiado, le dijo; ya hemos perdido mucho tiempo en tan repugnante asunto. ¿ Tenéis ó no en vuestra casa la suma ó valores que la representen?

— Tengo unos cien mil francos en escudos, en oro y en billetes.

Y abriendo su caja echó sobre su bufete los cien mil francos.

— ¿ Y los otros cuatrocientos mil? preguntó Salvador.

— Tengo también aquí unos ochocientos mil francos en títulos, cupones, obligaciones, acciones, etc., etc., respondió Mr. Baratteau.

— Bien, tenéis todo el día para convertir eso en dinero; sólo os prevengo que lo necesito en billetes de banco de mil ó de cinco mil francos, pero no en numérario.

— Se hará como queráis.

— Entonces dadme el total en billetes de mil francos.

— Sea.

— Dividiréis los quinientos mil francos en diez legajos de cincuenta mil francos cada uno.

— Se hará según deseáis.

— Bien.

— ¿Y este dinero os hace falta?...

— Mañana antes de las nueve.

— Pues esta noche quedará en vuestra casa.

— Mejor será eso todavía.

— ¿Adónde hay que llevarlo?

— Calle de Macón, número 4.

— ¿Queréis decirme por qué nombre deben buscaros? porque supongo que no llevaréis el vuestro, puesto que todos os creen muerto.

— Preguntaréis por el mandadero de la calle de Fers, Mr. Salvador.

— Caballero, dijo solemnemente el notario, os prometo que esta noche á las nueve estaré en vuestro domicilio.

— ¡Oh! no lo dudo, respondió Salvador.

— Pero puedo esperar, mi buen Mr. Conrado, que después de haber cumplido textualmente vuestras órdenes, nada ya tendré que temer de vos.

— Mi conducta será conforme á la vuestra; según vos obréis, obraré yo; creo que por el momento podré dejaros

en paz; mi fortuna está demasiado bien depositada para que yo trate de colocarla en otra parte; dejo en poder vuestro provisionalmente cuatro millones novecientos mil reales; usad de ellos si os place, pero no abuséis.

— ¡Ah! señor marqués, me salváis la vida, dijo Mr. Baratteau, con los ojos bañados en lágrimas de gozo y gratitud.

— Provisionalmente, dijo Salvador.

Y salió de aquel gabinete donde su corazón se había llenado de vergüenza y repugnancia mil veces desde el momento en que lo pisara.

## CAPÍTULO VI.

### EL AEROLITO.

El día siguiente al en que ocurrió la escena que acabamos de referir, el baluarte de los Inválidos, desierto, silencioso y muy sombrío presentaba á las once y media de la noche el aspecto de un bosque de las Ardenas. El curioso que hubiera entrado en París á tales horas por la puerta de Vaugirard ó la de Paillasons, suponiendo que alguien hubiera tenido el capricho de entrar en la capital por una de aquellas puertas que ni conducen á ninguna parte ni limitan por la parte de París ningún camino; el curioso que así hubiese obrado, decíamos, hubiera creído indudablemente que se encontraba á cien leguas de París; tal era el espectáculo que aquellas cuatro filas de árboles altos, fuertes, vigorosos, alumbrados fantásticamente por la luna, presentaban á la vista con sus frentes luminosas y sus pies sumergidos en las sombras, como un ejército de gigantes.

cos soldados que estuviera de guardia alrededor de una ciudad babilónica.

Mas el personaje sobre cuya frente se proyectaban las sombras, no parecía conmovido en lo más mínimo por la sorpresa que hubiera acometido á quien hubiera llegado de una de nuestras lejanas provincias. Por el contrario, las sombrías calles no parecían presentar al personaje que animaba aquella soledad más que un espectáculo harto familiar para él; tal era el afán con que buscaba entre las tinieblas más oscuras un asilo que le ocultara.

Recorría el baluarte como un hombre obligado por importantes negocios á dar aquel nocturno paseo, prestando particular atención á los objetos que encontraba delante y detrás, á su derecha y á su izquierda, vagando melancólicamente y contra lo que hacía el amigo Pierrot, evitando constantemente la claridad de la luna.

Á primera vista, se hubiera visto cualquiera apurado para decir á qué clase de la sociedad pertenecía aquel personaje; pero estudiándole con atención, observando sus gestos, acompañándole en sus idas y venidas, el cuidado con que examinaba ciertos objetos mejor que otros, se hubiera sabido muy pronto á qué atenerse sobre la causa que le había conducido en tan avanzada hora al baluarte de los Inválidos.

El principal objeto de su examen, aunque de vez en cuando se alejara de él, parecía ser la reja del parque de la condesa Rappt, á cuyas cercanías volvía siempre como atraído por una fuerza invencible.

Deslizándose á menudo á lo largo de la pared y alargando la cabeza con precaución hasta tocar las barras de la reja, sumergía su escrutadora mirada en aquel bosquecillo que formaba del otro lado de la reja una masa impenetrable.

Dos hombres tan sólo podían tener plausible motivo ó interés suficiente para pasearse á medianoche ante la reja de Regina.

Un amante ó un ladrón.

Un amante, porque todos los amantes están por encima de las leyes.

El ladrón, porque siempre está muy por abajo. Y el hombre en cuestión no tenía en verdad el aspecto de un amante.

Por otra parte, el único amante que hubiera tenido motivo para pasearse por allí, hubiera sido Petrus, y ya se sabe que Salvador le había encargado que permaneciese en su casa ó se pasease por cualquiera otra parte.

Digamos también que Petrus había observado religiosamente aquella orden y en su acepción más severa; había permanecido en su casa.

Es verdad que Salvador le había tranquilizado completamente, pasando en su taller toda la noche anterior, y le había enseñado los quinientos mil francos que cumpliendo su promesa le había llevado Mr. Baratteau á las nueve en punto de la noche.

Ya hemos dicho que el paseante nocturno no tenía nada de amante; añadamos que tenía aún mucho menos de Petrus.

Era un hombre de mediana estatura, que visto por delante ó por atrás presentaba una superficie redondeada. Estaba vestido con un largo traje que le bajaba hasta los talones, y que cayendo recto desde su cuello hasta sus zapatos mejor parecía una bata persa que una levita ordinaria. Estaba cubierto con un sombrero bajo de copa y ancho de alas, lo cual le prestaba el aspecto de un ministro protestante, ó de un cuáquero americano; por fin, su fisonomía estaba como en un marco rodeada de espesísimas patillas

que subían hasta debajo de la nariz, mientras que sus cabellos se bajaban hasta las cejas, resultando que sólo se veía una muy pequeña parte de la cara.

Puesto que no era Petrus, claro está que era el conde Escolano\*\*\*.

Puesto que no era un amante, sería indudablemente un ladrón.

Eran en una pieza el conde Escolano y un ladrón.

Dilucidado ya este punto, nuestros lectores podrán adivinar lo que aquel hombre esperaba y por qué la reja de la condesa Rappt atraía particularmente su atención.

Al llegar al baluarte á las diez y media había registrado rincones y esquinas, las calles y las sendas del jardín; después había permanecido apartado; por último, había seguido hasta larga distancia el último transeunte rezagado en aquel barrio desierto. Una vez que estuvo seguro de dominar la plaza, volvió á pasearse melancólicamente en la calzada, del lado contiguo al parque de la condesa.

De tres maneras podían sorprenderle; y para poder rechazar aquel triple peligro era para lo que había venido á las diez de la noche á emboscarse delante de la reja, estudiando cerca del peligro los medios de ataque y los de defensa.

Primero. Podían venir por la derecha ó por la izquierda y sorprenderle de improviso mientras cambiaba cartas por billetes; pero un mozo del temple del que ponemos en escena, no era hombre que se dejara vencer siquiera le cogieran por sorpresa; por otra parte, ya hemos dicho que había estudiado minuciosamente la localidad, y se había convencido de que ningún rincón ocultaba emboscadas; y además, el conde Escolano, que era un hombre altamente previsor, llevaba sumergidas en un ancho cinturón que ocultaba su anchísima levita un par de pistolas de dos

cañones y un puñal largo y bien afilado; podía, pues, esperar y defender su fortuna ó por lo menos venderla tan cara que tuvieran que arrepentirse los que quisieran atacar á ella.

Por consiguiente nada tenía que temer por aquella primera parte.

Segundo. Es verdad que había otro peligro mayor.

Este peligro era el del lado de la calle Plumet, donde estaba situada la puerta principal del hotel de Lamothe-Houdón; la puerta donde se detenían los carruajes y detrás de la cual se habrían podido ocultar por la parte del hotel media docena de hombres armados con fusiles, con sables y con alabardas (porque en su previsión el conde Escolano se imaginaba las armas más fantásticas), cuyos hombres podían caer sobre él mientras cambiase cartas por billetes.

Pero el conde de Escolano era un hombre de una fecundidad de imaginación poco común, y un hombre de tales recursos no debía detenerse mucho tiempo ante semejantes obstáculos.

Caminó, pues, con paso de lobo á explorar la calle Plumet como había explorado el baluarte, y después de convencerse de que la calle estaba desierta, estudió la puerta del hotel que ya había examinado la vispera.

El objeto de aquel estudio era el de convencerse de que ningún cambio habían introducido durante las últimas veinticuatro horas en la referida puerta. La puerta se hallaba en el mismo estado que la vispera.

Era una inmensa puerta de encina de dos hojas y cuatro tableros; tenía por cada lado entre el tablero de arriba y el tablero de abajo un botón de hierro del tamaño de una naranja.

El conde Escolano\*\*\* empezó por tocar aquellos botones para convencerse de su inmovilidad, después de lo cual

sacó de su ancha manga un instrumento de hierro que hubiera tenido la forma de un 8, si las extremidades de aquel 8 no hubieran presentado arriba y abajo un círculo perfecto en vez de un óvalo y si aquellos dos círculos no hubieran estado á cierta distancia en lugar de tocarse como en la cifra citada, lo cual daba al utensilio referido mirado verticalmente el aspecto siguiente  $\infty$ ; el conde aplicó aquel 8 ó aquella S cerrada sobre los dos botones de la puerta; es decir, que encerró cada botón en uno de los extremos de su utensilio; el instrumento se adaptó entonces tan estrechamente al cuello de los botones, los apretó con tal precisión, que el maestro de canto hizo sonar su lengua con cierto aire de orgullosa satisfacción.

En efecto, aquel instrumento ingenioso aplicado á la puerta hacía por delante el mismo efecto que las barras de hierro por fuera; es decir, que cuatro caballos tirando de la puerta no hubieran podido abrirla.

Pero el tercer peligro, el mayor, el más verdadero provenía también del hotel, pero no de la calle Plumet.

El sitio por donde más fácilmente podían atrapar al conde Escolano\*\*\* era indudablemente la misma reja por donde debía verificarse la conferencia.

Por lo mismo el conde Escolano\*\*\* una vez que hubo fijado el mencionado utensilio, volvió al baluarte que inspeccionó de nuevo con un cuidado más minucioso que nunca, porque las horas transcurrían por lenta que pareciese su marcha.

Acababan de sonar las doce menos cuarto. No había pues, tiempo que perder.

El aventurero pasó y volvió á pasar delante de la reja sumergiendo su mirada tan adentro cuanto podía en el jardín sombrío como un bosque.

Pero para la luna no hay bosques como no hay hombres grandes á los ojos de su ayuda de cámara. El conde Escolano\*\*\*, favorecido por aquel guía celestial, pudo registrar con la vista las profundidades más espesas del jardín y asegurarse de que estaba tan desierto como el baluarte.

Sin embargo, aquel jardín momentáneamente desierto podía poblarse repentinamente con un regimiento de criados armados hasta los dientes. Tal fué, por lo menos, el pensamiento del conde, que por lo mismo se apresuró á evitar lo que pudiera acontecer.

Agarró uno por uno todos los barrotes de la reja para convencerse de que tanto ellos como los botones de hierro habían conservado su habitual inmovilidad; quiso persuadirse en otros términos de que no podrían salir y echarse sobre él levantando una barra movable en un momento dado y haciéndole rendirse.

Después de un examen detenido, adquirió aquella certeza.

Quedaba aún la puerta de la reja, que cumpliendo con su deber de puerta podía abrirse al primer deseo de uno ó de varios habitantes del hotel.

Nuestro maestro de canto la sacudió con vigoroso brazo; la puerta pareció cerrada como la vispera.

Poco después sacó de la levita una especie de cadena de cuatro ó cinco pies de largo y la ató alrededor de la reja, convirtiéndola en abrazadera, diciendo:

— Que Baltasar Casmajou, mi maestro para los primeros elementos de cerrajería, se halle en el cielo á la derecha de San Eloy.

Y levantó hacia la estrellada bóveda una mirada de reconocimiento.

Al bajar los ojos distinguió á tres pasos de él una sombra blanca.

Era la condesa Rappi.

El ángel del descanso que vela invisiblemente alrededor de las tumbas no pisa el césped con más suavidad que lo había hecho aquella mujer.

Había llegado, en efecto, con tal dulzura hasta hallarse á tres pasos de las rejas, que no la había oído llegar el mismo conde cuyos oídos eran de los más ejercitados.

Aunque estaba preparado para aquella entrevista, la presencia repentina de la joven le produjo el mismo efecto que una aparición. Sintió una conmoción igual á la que le hubiera agitado tocando el hilo de una pila de Volta; dió instintivamente un salto hacia atrás, miró á su alrededor como si aquella súbita aparición debiera ser señal de un peligro.

Pero no viendo nada más que la forma blanca; no oyendo otro ruido que el murmullo de las hojas agitadas por el viento, dió un paso para acercarse.

Pero no acabó de dar el primer paso.

— ¡Hum, hum! si fuera ese un hombre disfrazado de mujer y disparara sobre mí una pistola bien cargada. ¡Qué diablo! se han visto cosas semejantes y aun peores.

— Sois vos, señora condesa, preguntó ocultándose tras un árbol.

— Yo soy, respondió Regina con tan dulce voz que su timbre disipó toda sospecha y todo temor en la mente del aventurero.

Acercóse éste inclinándose con respeto.

— Señora, le dijo, soy vuestro más humilde servidor.

Pero como Regina no había venido con el objeto de dirigir cumplimientos al conde Escolano\*\*\*, se contentó con

responder por una ligera inclinación de cabeza, y alargando su brazo á la puerta de la reja, le dijo:

— Hé aquí los primeros cincuenta mil francos, podéis mirar si son buenos y si la cuenta está bien.

— Dios me libre de contar después de haberlo hecho vos, dijo el tunante metiendo en su bolsillo derecho los primeros cincuenta mil francos.

Después mirando á su alrededor y sacando una carta de su bolsillo izquierdo:

— Hé aquí la primera carta, dijo.

La princesa, menos confiada que el conde Escolano\*\*\*, cogió la carta, la levantó un poco bajo los rayos de la luna, y convencida de que estaba escrita por su mano, la metió en su pecho y tendió al aventurero el segundo legajo de cincuenta mil francos.

— Igual confianza, señora, dijo aquél presentándole la segunda carta.

— Despachemos, dijo Regina tomando la carta con disgusto y sometiéndola como la primera á la prueba de un rayo de luna, prueba que sin duda la satisfizo también porque presentó al conde Escolano\*\*\* el tercer legajo de billetes.

— Siempre igual confianza, dijo éste.

Y el tercer legajo de billetes, lo mismo que los dos primeros, produjo la entrega de la tercera carta.

Al llegar á la sexta, y en el momento en que acababa de entregarla á la condesa, el aventurero creyó haber oído un ruido semejante al roce de las hojas; este ruido por ligero que fuese no dejó de causar un estremecimiento en todo el cuerpo del capitán.

Aquel ruido le asustaba tanto más cuanto que no podía adivinar su causa.

— Un momento, princesa, exclamó echándose atrás; creo que pasa algo á mi alrededor; permitidme que me convenza.

Y diciendo esto sacó y montó una pistola, sobre cuyo cañón se reflejó un rayo de la luna.

Al ver la pistola en la mano del bandido, Regina dió también un paso atrás exhalando un grito muy débil.

Aquel grito, por débil que pareciera, podía ser una señal.

El bribón llegó hasta la calzada, para dominar mayor distancia.

— ¡ Oh, Dios mío ! exclamó Regina, ¡ marchará quizás para no volver !

Y le siguió inquieta con los ojos.

El bandido volvió á comenzar sus investigaciones, conservando siempre su pistola en la mano.

Atravesó el baluarte, miró todo lo lejos que su vista pudo descubrir, y volvió á la calle Plumet para saber si la puerta continuaba sujeta, y no parecía ocultar esfuerzos interiores para abrirla.

Las cosas estaban como él las había dejado.

— Sin embargo, dijo el criminal volviendo sobre sus pasos, es indudable que he oido un ruido y por consiguiente que ha sido un ruido sospechoso, puesto que no conozca su origen. Si me marchara ahora simplemente... ya que tengo trescientos mil francos en el bolsillo. Por otra parte los doscientos mil que me faltan son una tentación endemoniada.

Después continuó, mirando á su alrededor con una facha que probaba que se iba tranquilizando :

— Al fin y al cabo no sé por qué me asusta tanto un ruido tan ligero ; á fe mía el negocio ha comenzado demasiado bien para que no concluya del mismo modo ; volva-

mos á tomar la conversación en el punto en que la dejamos.

Y el aventurero, después de mirar nuevamente á derecha é izquierda con una mirada tortuosa como la de la hiena, volvió á la reja, donde con los dientes convulsivamente apretados y retorciéndose las manos de desesperación, le esperaba de pie la pobre Regina, temblando á la sola idea de que el miserable escapase con sus cuatro cartas últimas.

La joven respiró al ver llegar al aventurero, y volviendo los ojos al cielo :

— Gracias, Dios mío, murmuró con expresión de profundo reconocimiento.

— Perdonad, señora, dijo el bandido, pero había creído oír un ruido amenazador. Mas nada sucede, todo está tranquilo á nuestro alrededor, y si lo tenéis á bien, continuaremos ; hé aquí vuestra séptima carta.

— Y hé aquí vuestro séptimo legajo.

El conde lo cogió, y mientras que lo colocaba en su bolsillo al lado de las seis primeras, Regina sometió la carta al mismo examen que las precedentes.

— Decididamente, dijo para sí el bribón sacando la octava carta, esta condesa Rappt es suspicaz hasta un punto ofensivo. Créa yo, sin embargo, que me habia conducido én este asunto con toda la finura y toda la lealtad imaginables ; ¡ pero en fin !

Y sacando la carta novena, dijo como queriendo vengarse de aquella suspicacia :

— Novena epístola de la misma al mismo.

El semblante de Regina, pálido como la luna que lo alumbraba, se coloró al oír aquella injuria con las rojas tintas del sol poniente.

Cambió con viveza la novena carta por el noveno legajo,

y después de mirar aquel escrito tan cuidadosamente como los demás, lo guardó en su pecho.

— Es empeño formal, pensó para sí el aventurero sumergiendo los billetes en el bolsillo.

— Décima y última epístola, dijo con tono socarrón, al mismo precio que sus hermanas mayores, aunque ella sola valdría por todas; pero ya sabéis cuáles son para esta nuestras condiciones: toma y daca.

— Justo, dijo Regina tendiendo el último legajo al mismo tiempo que alargaba la mano hacia la última carta; dad y tomad.

— Confianza que me honra, dijo el aventurero dando la última carta y recogiendo los billetes; ¡ esto es!

Y el pícaro respiró alegremente.

Ni siquiera se oyó la respiración de Regina: estaba convenciendo de que la última carta era de su puño y letra como las otras nueve.

— Y ahora, continuó el impudente gandul, es mi deber, señora condesa, daros un consejo después de que me habéis enriquecido; creed en mi experiencia de hombre corrido; amad cuanto gustéis, pero no escribáis nunca.

— Basta, miserable; ¡ estamos en paz! exclamó la condesa y se alejó rápidamente.

Al mismo tiempo y como si aquellas palabras hubieran sido una señal convenida entre ella y algún poder superior, el conde Escolano\*\*\* sintió caer sobre su cabeza, como un aerolito que bajase del cielo, un objeto de tal magnitud y sobre todo de tal peso, que el aventurero quedó extendido en el suelo antes de notar que había caído.

## CAPÍTULO VII.

DONDE SE PRUEBA QUE LOS BIENES MAL ADQUIRIDOS NO APROVECHAN.

Las cosas se habían hecho con tal rapidez, que el aventurero no había caído sino que real y literalmente había sido precipitado.

Por lo mismo no pudo explicarse aquel accidente: sólo sintió que una fuerza irresistible le cogía las dos manos y se las sujetaba detrás de la espalda con una especie de tuerca que se cerraba sobre sus muñecas, poco más ó menos lo mismo que el utensilio inventado por él se había cerrado sobre los dos botones de hierro de la puerta principal.

Tomada ya aquella precaución que convertía al conde Escolano\*\*\* en un ser tan inofensivo como un niño, el maestro sintió que le levantaban y que de la posición horizontal que ocupaba le conducían nuevamente á su posición vertical, es decir, que le ponían sobre sus dos pies, actitud natural en el hombre, á quien dió la naturaleza la *os sublime* destinada á mirar el cielo.

Debemos confesar que el conde Escolano\*\*\*, colocado nuevamente en su verdadera posición, no miró precisamente al cielo; trató de ver con quién tenía que haberse las y quién era el que le daba con tan brusca, ó por mejor decir, con tan brutal manera la medida de sus bárbaras fuerzas.

Pero nada vió; el hombre, si aquello era un hombre, se ocultaba totalmente detrás de él.

Sólo que como una de las manos de aquel hombre bastaba para contener las dos suyas, sintió poco después la